



JORNADA DE ESCUELA  
*EL PASE: EXPERIENCIA Y TESTIMONIOS*

Réplica N°4

**CARMINE MARRAZZO**

(Miembro EPFCL - Italia FPL, Milán)

*Imposible testimoniar*

Invitado a tomar parte en el relevo que nos llevará a nuestra próxima *Jornada de Escuela* entre las calles de Venecia, recojo con gusto el testigo de la *Réplica*.

Los trabajos anteriores han intentado circunscribir y aislar por lo menos dos órdenes de problemas y su articulación: la lógica de la transmisión y la hipótesis de una formalización, matematizable, de dicha lógica. El pliegue (¿transformación topológica?) que intentaré seguir lleva a la aporía lógica de la transmisión de aquella singular experiencia humana sobre la cual se funda el dispositivo del pase: la práctica del testimonio.

¿De qué tejido está hecha? Es, creo, un material discursivo.

Invitándonos a pensar el psicoanálisis como práctica de discurso, Lacan ha dado un giro más al intento de una formalización del psicoanálisis: desde la formalización de la estructura del inconsciente-lenguaje hasta una formalización del vínculo social próxima al « *Qu'on dise* », al «Que se diga»<sup>1</sup>, a la vuelta en más del decir. No hay transmisión sino de discurso, sino dentro de un discurso, sino entre discursos: existe, por estructura, un imposible de la transmisión y si se da transmisión en alguna parte, ésta no puede ser más que transmisión de lo que no se puede transmitir. Y, por otra

---

<sup>1</sup> J. Lacan, «Lo stordito» (1972), in *Altri scritti*, p. 445

parte: precisamente porque el psicoanálisis se revela «intransmisible», como Lacan no deja de constatar en 1978, hace falta un dispositivo para la transmisión<sup>2</sup>.

Para su dispositivo, Lacan ha optado por un medio no como los demás: la práctica del testimonio, en un momento histórico marcado, sociológicamente, por el advenimiento de la figura del testigo, como rasgo de una era, *La era del testigo*<sup>3</sup>. La vía del testimonio, el riesgo que esta práctica comporta, subvierte el problema de la formación de los analistas y es otra cosa, evidentemente, respecto al «dar las pruebas» del AME: para el AE se trata de dar testimonio de lo que ha hecho, de él, momento de pase, viraje, pase al analista. Pero... «*rien ne l'oblige*», nada lo obliga<sup>4</sup>. Enigma, entonces: *Che vuoi?* Lacan, con tu oferta de pase?

Y ¿qué empuja, si no incluso obliga, a alguien a presentarse a la puerta del pase, a cruzar el umbral del testimonio? Los testimonios de los AE de la Escuela nos dicen algo de la «variedad» de esta opción de cada uno, opción de una condición contingente en el momento del pase, de una autoría del uno-por-uno, si así puedo decir, que sigue siendo trabajo analizante, invención ante el dilema entre la imposibilidad y la urgencia de decir, para retomar los términos del texto de *Ouverture*, a propósito de las «ocurrencias», nombre de la contingencia, que pueden precipitarse en testimonio.

Pero ¿qué es, entonces, este testimoniar: tal vez otro oficio imposible?

En *Lo que queda de Auschwitz*, Agamben interroga el lugar y el sujeto del testimonio, su fondo de «laguna»<sup>5</sup> que hace, de todo testimonio, testimonio de lo intestimoniabile, de lo que no se puede testimoniar: «no somos nosotros», escribía Primo Levi, «los testigos verdaderos», siendo la «transmisión integral» la de quien no ha podido testimoniar, *der Musselmann*, el “musulmán”: un imposible lógico. Quien da testimonio, pues, es una excepción: los verdaderos testigos no pudieron serlo porque «quien ha visto la Gorgona, no ha vuelto para contar o ha vuelto mudo»<sup>6</sup>.

---

<sup>2</sup> J. Lacan, «Sulla trasmissione (1978)», in *La psicoanalisi*, n° 38, p. 14

<sup>3</sup> A. Wieviorka, *L'era del testimone* (1998)

<sup>4</sup> J. Lacan, «Nota italiana», (1973) in *Altri scritti*, p. 303

<sup>5</sup> G. Agamben, *Quel che resta di Auschwitz* (1988), p. 31

<sup>6</sup> P. Levi, *I sommersi e i salvati* (1986), p. 64

Ahora bien, teniendo en cuenta la inconmensurabilidad de la experiencia pasada a la Historia bajo el significante «Auschwitz», ¿qué puede enseñarnos esta en cuanto al dispositivo del pase?, nos lleva con Lacan a preguntarnos, él que evocó los campos en su Proposición y lo que también se le reprochó como... ¡«grave»<sup>7</sup>!

El trabajo sobre los testimonios de los supervivientes, también ellos desiguales, implicó para mí la imposición de una cuestión, poco a poco ineludible: «¿se analiza del mismo modo antes y después de Auschwitz?». Interrogo aquí, con Kertész, el carácter omnipresente del Holocausto como «cultura», es decir, sus «influyentes consecuencias éticas»<sup>8</sup>, entre las cuales la categoría universal de ser-sin-destino. Ahora, ¿cómo nos afecta esto, como analizantes de Escuela? Y ¿cómo tiene que ver, si es que tiene que ver, con el dispositivo del pase, cuando toda la experiencia analítica toca el problema del (no) querer saber del «destino»<sup>9</sup> que el inconsciente fabrica para el hablanteser?

Esta pregunta, que durante mucho tiempo pensé que podía estar mal planteada, encontró acogida en el trabajo de Anne-Lise Stern sobre el *savoir-déporté*, saber-deportado: «¿medicar, curar Auschwitz, sanar de Auschwitz a través del psicoanálisis? Lacan dijo una vez, más o menos esto: pensar, el pensamiento, hace medicina [*pansement*]. Entonces, más bien, plantear la pregunta: ¿qué psicoanálisis después de Auschwitz?». Y prosigue, poco después: «Pongo a reflexión esta fórmula lógica: ¿se puede ser psicoanalista habiendo sido deportados a Auschwitz? La respuesta es no. ¿Es posible, hoy en día, ser psicoanalistas sin esto? La respuesta sigue siendo: no. Aclarar cómo estas dos imposibilidades están juntas, de qué está hecha su relación, me parece una buena manera de abordar la cuestión: ¿qué psicoanálisis después del Holocausto?»<sup>10</sup>.

Observo que el pase es - históricamente, lógicamente - inventado, establecido y ofrecido *después*. Planteo la hipótesis de que el dispositivo del pase, de cada pase, está afectado por la relación de este imposible lógico surgido, para el psicoanálisis y para la civilización, *después*. Me parece una manera de poner la experiencia del pase como *quaestio* para la civilización: «hacerse desecho» de la mencionada

---

<sup>7</sup> J. Lacan, «Discorso all'EFP» (1967), in *Altri scritti*, p. 270: «Evocar los campos es grave, alguien ha creído que debía decírnoslo. Y no evocarlos?»

<sup>8</sup> I. Kertész, *Il secolo infelice* (1998), p. 135

<sup>9</sup> J. Lacan, «Televisione» (1974), in *Altri scritti*, p. 536

<sup>10</sup> Anne-Lise Stern, *Le savoir-déporté. Camps, histoire, psychanalyse*, (2004), p. 192, corsivo mío

humanidad, decía la *Nota italiana*<sup>11</sup>, donde «cada deportado» prosigue Anne-Lise Stern «da testimonio, en realidad, de esto, de aquel desecho que se había vuelto. Este es el saber del deportado, un saber de los restos, de la basura. Pero cuando habla de él, cuando testimonia, ya no es un desecho»<sup>12</sup>.

Paso pues el testigo recordando un pasaje de las primeras páginas de *La tregua*, donde Primo Levi se hace pasador del pequeño Hurbinek : el interés particularizado, «materno más que paterno», del joven Henek, de quince años, hizo posible para Hurbinek la emergencia de algo del orden de una palabra articulada, aunque incomprensible: «*mass-klo, matsklo*», junto con una serie de «variaciones experimentales en torno a un tema, a una raíz, quizás a un nombre»: sabor de *lalangue* que Primo Levi, pasador, eleva al rango de un testimonio que existe «únicamente a través de sus palabras»<sup>13</sup>.

¿Es así que una ética del testimonio puede llegar a hacerse testimonio de una ética?: Ética de lo que no se puede testimoniar, fundamento, quizás, de la posibilidad de un poema por venir.

*Traducción: Ivan Viganò. Revisión: Rebeca García / Pedro Pablo Arévalo.*

---

<sup>11</sup> J. Lacan, «Nota italiana» (1973), in *Altri scritti*, p. 304

<sup>12</sup> Anne-Lise Stern, intervención en el Congreso de Orleans, *Temoiganges, savoirs, traces*, Presses Universitaires de Vincennes, 1999, citado en A. Wieviorka, *L'era del testimone* (1998), p. 138

<sup>13</sup> P. Levi, *La tregua* (1963), pp. 11-13